



Estructura de la Destrucción del Yo: Proceso contra la Historia de la Filosofía. J.A. Sánchez Tarifa

Ed. Grupo Editorial Universitario
Granada

por J. L. Mayorga.

El problema básico de la Historia de la Filosofía ha sido la consideración que merecía el sujeto a cada pensador, en tanto que capaz de conocer y capaz de ser conocido. Los filósofos se han caracterizado por prejuicios, la mayoría de las veces malintencionados, que forzaban a una deformación, muchas veces ridícula, de ese sujeto que aspiraba a conocer y a conocerse. El escrito parte de la base de que, en la interpretación clásica del Yo en la Historia de la Filosofía, ha primado la mala fe. “La Destrucción del Yo” nos ofrece algunas claves para desenmascararla.

La Historia de la Filosofía ha escindido al Yo, identificándolo aisladamente con alguno de sus tres genuinos componentes: pensamiento, existencia y voluntad. Se ha querido definir al Yo como exclusivamente pensamiento (racionalismo), exclusivamente existencia (existencialismo) o exclusivamente voluntad (irracionalismo). Cualquiera de estas perspectivas del Yo era correcta en parte, pero dejaba inexplicada una gran dimensión del contenido del Yo. Por eso, la reflexión del autor se centra en analizar al Yo desde las tres categorías implicadas. La complejidad del Yo se hace manifiesta al tratar de referirnos a sus cualidades, que no son otras que pensamiento, existencia y voluntad. El Yo queda disgregado en estos componentes, que se denominan en su unión “tríada basal” y que además, en uno de los muchos recursos estilísticos que encontramos, los integrantes de la tríada van girando a lo largo del escrito, simulando una especie de espiral que va engullendo al lector, conforme avanza en su lectura.

Conocer al Yo implica conocer a cada uno de los elementos que lo integran. Pero aquí encontramos un segundo nivel de complejidad, puesto que al querer saber qué es el pensamiento, observamos que para hacer una aproximación a su naturaleza hemos de, necesariamente, incluir como parte esencial de su ser a la existencia y a la voluntad. No hay pensamiento, existencia o voluntad que sean puros y menos aún fundantes, porque estos elementos exigen la co-implicación para ser analizados. Así nos encontramos un segundo error tradicional de la Historia de la Filosofía, que no sólo identificaba al Yo con un elemento aislado de la tríada, sino que además lo desarraigaba a la vez de su constitución triádica. En sentido general, la Historia de la Filosofía ha cometido un tercer error: creer que era posible una definición cerrada de cada uno de los componentes de la tríada basal. Aprovechándose de esto, ha habido algunos filósofos que se han erigido en la culminación de la filosofía, pensando que con su tema de estudio, con su genial e irrefutable definición, se cerraba un episodio de la Historia de la Filosofía, porque habían dicho todo lo que se tenía que decir.

“La Destrucción del Yo” reacciona contra cualquier tradición filosófica, intentando analizar los componentes de la tríada basal desde su relación, puesto que el autor desecha *a priori* el discurso cerrado sobre cualquier concepto que se considere. No hay definiciones correctas porque la riqueza conceptual desborda cualquier pretensión

de delimitación de lo que, en el fondo y desde el pensamiento, siempre es interpretación. Por eso el libro estudia la intra-relación, la inter-relación y la extra-relación de los conceptos implicados en la tríada. La obra, en su primera parte, sigue un estricto esquema de desarrollo, en un procedimiento que algunos han querido ver recogido del *Ars Magna*, aunque nuestro autor, explícitamente, esté contra la aplicación de cualquier método, porque, según expone, esta estrategia incurre en los mismos errores que la definición, siendo muy vulnerable a las críticas:

Intra-relación:

Pensamiento del pensamiento
Existencia de la existencia
Voluntad de la voluntad

Inter-relación:

Pensamiento de la existencia
Pensamiento de la voluntad
Existencia del pensamiento
Existencia de la voluntad
Voluntad del pensamiento
Voluntad de la existencia

Extra-relación:

El texto establece la vinculación de los componentes de la tríada basal con los principales conceptos de la Historia de la Filosofía. Este desarrollo es de dimensiones inabarcables, por lo que el autor se centra en las relaciones que ha considerado más pertinentes para el planteamiento de sus propias propuestas.

El Yo se hace explícito a través del principio de acción. El resultado último del conflicto complementario de la tríada, que es un conflicto irresoluble, a la vez que necesario, queda representado por una acción en la que el Yo compendia las tres fuerzas que lo constituyen. La tríada emite un veredicto último frente al no-Yo y eso determina una acción de la que el Yo debe hacerse responsable. La relación dialéctica de la tríada basal hace igualmente indefinibles al pensamiento, a la existencia y a la voluntad, o mejor dicho, los hace parcialmente definibles, pero al igual que sucedía con el Yo, su nivel de definición ha de realizarse considerando a los uno en función de los otros, teniendo en cuenta, según uno de los muchos neologismos que acuña el autor, que son elementos “desidénticos”, llevando este enfrentamiento complementario a la esencia misma del concepto, pues son tan idénticos como diferentes. El Yo, por ejemplo, en la desesperación, cuando se enfrenta a su propia y voluntaria finitud, al suicidio, lo que persigue es el cese de los tres componentes de la tríada simultáneamente; intenta acabar, en su acto de ejecución, con lo que denominamos ambigüamente “vida”. En este punto de la obra hay una curiosa inversión, porque de una estructura triádica, pasamos a una diádica, representada por dos conceptos fundamentales; uno orientado a ejercer la acción, el otro destinado a frustrarla: el atrevimiento y la precaución (el autor, en el prólogo, ya nos anticipa que el libro es como una “acera da flecha. Empieza con una tríada [...] su parte central es una díada: atrevimiento y precaución; por último, nos vemos abocados a su incisiva punta letal y vital con un concepto monádico: el tiempo.”) (DY). Ambas son tendencias previas del Yo, cada una con sus funciones y con sus aspectos positivos y negativos. El problema, y aquí el autor incluye su particular crítica social, es que la precaución se ha desbordado completamente y ha copado los últimos resquicios de la estructura social de nuestro tiempo. La precaución se ha convertido en una forma de obsesión. Tradicionalmente se manifestaba en la religión, que es la suma de todas las tendencias precautorias de los

milenios que nos anteceden, pero con sus pérfidas armas de chantaje emocional (entre otras proponer una prolongación indeterminada de la vida frente a un instante de plenitud o de placer que sistemáticamente nos lo presenta como peligroso), la precaución ha arrasado, instituyéndose por doquier; ha espoleado un miedo ancestral, nocivo y letal, que convierte a los pobres ciudadanos de nuestro tiempo en acobardados títeres, hombres narcotizados, que reaccionan compulsivamente ante ese temor neurótico arriesgándose de un modo anti-natural e inhumano por verse libres, aunque sólo sea unos segundos, de tal presión. Así es como surgen muchas de las aficiones de nuestra época y muchos de sus males, que son algo más que extravíos individuales, son los auténticos vestigios de la decadencia que nos acecha. Algunos, prisioneros de una vida precavida y sin sentido, se aferran al alcohol, a las drogas como métodos de evasión o a múltiples adicciones incomprensibles para la naturaleza humana. Otros, compungidos, se “deprimen”, la gran epidemia de nuestra actualidad, porque destruidas sus posibilidades de vivir por la precaución, no entienden por qué y para qué hay que seguir invirtiendo el tiempo en un vacío anhelo de vida. Algunos proyectan su colapso mental, su aturdimiento existencial, en cualquier elemento que les es próximo, como su cuerpo, generando la anorexia, o en su afán de posesión, produciendo el consumismo desaforado. Por último están los que hastiados de precaución, de garantías sociales, de seguridades vitales de todos los tipos y maneras, acaban suicidándose, escupiendo a la sociedad todo el confort, la calidad de vida, el estado de bienestar que con tanto orgullo preconiza. Se evita un debate público sobre estos, cada vez más terribles, síntomas de decadencia, pero las estadísticas sobrecogen. Hay un numerosísimo ejército de muertos voluntarios en Occidente (más que el que genera cualquier ideología) que no perecen por algún ideal que valga más que su vida, sino que expresan de esta trágica y radical forma su manera de decir no, un no desmedido y rotundo, que continuamente nos negamos a oír, para no sentirnos abochornados del oropel de expectativas insostenibles que estamos creando, sin que tengan justificación, apoyándonos en la grandeza de un desarrollo técnico que dinamita las más básicas estructuras humanas. Esta es una obra insólita para nuestra época, pues no respeta ni nuestro mito más sagrado: el progreso. Según nuestro autor, la idea de progreso se acuña, precisamente, para de una forma infructuosa y pueril, tratar de burlar la decadencia, tratar de sortear los más serios envites de nuestro destino cultural, que sin prisas, nos debilitan intentando hacernos sucumbir. Ante la contradicción entre individuo y sociedad, la decadencia se convierte en una necesidad, se genera por el principio de auto-destrucción; estamos siendo testigos del suicidio de una cultura.

El atrevimiento crea caminos novedosos para que su impulso enaltecedor se manifieste. Pero la precaución acaba haciéndose dueña de ellos. Hemos dicho que la esencia de la precaución se refleja, ante todo, en la religión, que instaura una meta-precaución (¡Pórtate bien y alcanzarás la verdadera vida, la vida eterna!), pero poco a poco toda forma de expresión humana va siendo copada y asumida por su influencia. La ciencia surge como rival de la precaución, pero ésta acaba poniéndola también a su servicio. Cualquier logro científico se orienta a la precaución y la ciencia médica (con todos sus matices hechiceros en cualesquiera sociedades que se considere), la más precautoria de todas, ocupa un lugar preeminente en las prioridades de las culturas. También la filosofía se convierte así en un remedio precautorio, para que aquellos especímenes humanos que no se contentan con el discurso religioso, tengan alguna otra posibilidad de saciar sus ansias de perpetuidad, acicateadas por la precaución. Por eso el autor hace una despiadada denuncia de lo que ha venido siendo la Historia de la Filosofía, considerándola una prehistoria de un pensamiento nuevo que habrá de imponerse para plantear las cuestiones vitales desde otro planteamiento bien distinto. En el texto, la Historia de la Filosofía aparece como una teología mal enmascarada, a la que prácticamente todo filósofo ha contribuido a consolidar; algunos con justificaciones directas y artificios teóricos; otros aparentemente oponiéndose a ella, pero benefi-

ciándola como revulsivo (piénsese en el conjunto de filósofos ateos que, frente a las promesas de redención de la religión o la filosofía, nos ofrecen la angustia, la nada y la desesperación como alternativa o a Nietzsche con ese “espeluznante bálsamo metafísico”(DY) que es el eterno retorno de lo idéntico o a Heidegger con su mística del Ser, instauradora de una neo-teología, más dañina, si cabe aún, que la anterior).

Finalmente, llegamos en el escrito a la reflexión sobre el tiempo. Los avatares del Yo, de la tríada basal, del atrevimiento y la precaución, aderezados por el principio de acción, concluyen en una inextricable vinculación temporal. El Yo se desarrolla en el tiempo. Pero no en un tiempo primordial y escindido, no en un tiempo primigenio y superior (tiempo ficticio del que la filosofía y la religión han sacado el máximo provecho), sino en la temporalidad, “en un tiempo manchado de ser” (DY). La temporalidad determina *a priori* la condición de posibilidad del Yo, de que el Yo sea. Es una relación muy compleja, a la vez que simple, porque básicamente el Yo y sus componentes están inmersos en la temporalidad, son temporalidad. Hay que tener en cuenta que temporalidad y Yo no coinciden ni se derivan ni proceden de orígenes diferentes. La temporalidad es para que el Yo sea y muestre lo que es, para que se explye en el atrevimiento, pero para ningún otro testigo que sí mismo. El Yo no debe demostrar nada porque no hay criterio extrínseco a su propio ser. No debe demostrar sino demostrarse, no se amolda a ningún juicio, sino a su propia valoración, erigiéndose en su propio criterio. La temporalidad es la gozosa posibilidad de desplegar la fecundidad que se porta, como tríada basal, para enorgullecernos de ella ante nosotros mismos. Es tal el grado de perfección que se alcanza en esta relación, que incluso podemos renunciar, con la drástica evasión del suicidio, a ser partícipes de su juego. La tríada basal supone una libertad tan inmensa, que al proponernos la temporalidad aceptar el fascinante juego de la vida, se nos permite decir no.

Frente a las especulaciones filosóficas clásicas, “La Destrucción del Yo” quiere reivindicar una temporalidad inmanente, en contraposición a un tiempo trascendente. Y además, en la obra, se valora optimistamente el sentido finito y efímero de la vida, criticando con severidad las alternativas trascendentes, con unas promesas de eternidad que son las que realmente defundamentan el sentido de ser del Yo. Se presenta una alternativa original, una aceptación de la finitud del Yo desde el éxtasis y no desde la tragedia, pero desde un sentimiento extático que no es una forma de evasión ocasional, sino que nos es dado por el mero hecho de vivir, por el exultante sentimiento que implica la vida. La felicidad es una cualidad de base que configura al Yo. Por eso se intenta explicar, no tanto cómo puede el Yo alcanzar la felicidad, sino porque la ha perdido. El Yo no es en la infelicidad desde que tiene conciencia de sí mismo, sino que es en la felicidad y teorías filosóficas destructivas, ficticios mundos de ultra-tumba con todo tipo de promesas ilusorias, inhumanos sistemas de organización social... son en realidad los enemigos fundamentales del Yo y aquellos que lo abocan a la pérdida del sentido de su propio ser. Filosofía y religión han estado hermanadas en su lucha contra el Yo una vez más, tratando de redefinir las estructuras de la temporalidad desde una eternidad obsesiva y acaparadora que fuera la simiente y el sentido de un tránsito existencial, en el que el Yo se vería inmerso por un capricho celestial, promovido además en el monoteísmo por un afán de venganza. En la lectura, encontramos una regular condena de las religiones y del sentimiento negativo que las promueve. El libro reivindica una nueva concepción del tiempo, más acorde con las expectativas que se le atribuyen al Yo desde el atrevimiento y no desde la precaución, desde la inmanencia y no desde la trascendencia.

En el texto, encontramos veladas alusiones, incluso citas camufladas, de diferentes autores y no sólo de filósofos; el propio título es una mezcla de expresiones utilizadas por escritores tan dispares como S. Kierkegaard, G. Orwell o N. Chomsky. “La Destrucción del Yo: Proceso contra la Historia de la Filosofía” es una obra que también invita a la subversión; a no creer ni aceptar lo que nos presentan como razo-

nable, a carcajearnos de la artificial sensatez de la época que nos ha tocado vivir, a no rendirnos ante el espíritu de decadencia de un tiempo que entrevé y banaliza sus enfermedades letales. En el escrito se revela un despiadado enfrentamiento entre tradición e innovación, entre misoneísmo y filoneísmo. El autor ha manifestado que “ha llegado el momento de echar siete llaves al sepulcro del idealismo alemán y a los vaniloquios pseudo-filosóficos que de él se abastecen, a la mal llamada filosofía de nuestra época, carente de ideas, repetitiva hasta la extenuación, alimentada del plagio que se practica rutinariamente y que con impudor se proclama como original”. El libro reclama, de un modo ambicioso, otra forma de hacer filosofía y considera a nuestra tradición filosófica como la mera prehistoria de un nuevo pensamiento, que debe abrirse camino a través del caótico pensamiento post-moderno. Estas ideas y otras muchas se exponen, además, de un modo directo, desprovisto de hipocresía, incriminatorio cuando no provocador, con un lenguaje incendiario capaz de producir exacerbadas pasiones a favor y en contra de lo manifestado, pero que, desde luego, no dejan indiferente a nadie.